

# EL FIN DE LA ETERNIDAD

Isaac Asimov



## 1. El Técnico

Andrew Harlan se metió en la cápsula, que tenía los lados completamente redondeados y encajaba a la perfección en un conducto vertical formado por unas varillas metálicas muy espaciadas entre sí y que se perdían en una neblina brillante a unos dos metros por encima de su cabeza. Ajustó los mandos y desplazó la palanca de inicio con mucha suavidad.

La cápsula no se movió.

Harlan no esperaba que se moviera. No esperaba movimiento alguno; ni hacia arriba ni hacia abajo, ni hacia la izquierda ni hacia la derecha. En cambio, a pesar de todo, los espacios entre las varillas se habían fundido en una vacuidad gris y sólida al tacto, aunque absolutamente inmaterial. Al mismo tiempo, se le revolvió un poco el estómago, un vértigo ligero (¿tal vez psicossomático?) que le confirmó que todo lo que había en la cápsula, incluido él mismo, se estaba desplazando hacia delante a toda velocidad a través de la Eternidad.

Se había montado en la cápsula en el siglo 575.º, la base de operaciones que le habían asignado dos años antes. Hasta aquel momento, el 575.º era lo más lejos que había llegado hacia delante en el tiempo. Pero en ese momento estaba viajando hacia el siglo 2456.º.

En circunstancias normales, esa idea quizá lo habría intimidado un tanto. Su siglo de nacimiento quedaba atrás, muy lejos; en el 95.º, para ser exactos. El 95.º era un siglo que se

caracterizaba por una utilización estrictamente restrictiva de la energía nuclear, ligeramente rústico, con una cierta afición por el uso de la madera natural como material de construcción, gran exportador de determinadas bebidas destiladas a prácticamente cualquier época e importador de semillas de trébol. Pese a que Harlan no había vuelto al 95.º desde que comenzó su preparación especial y se convirtió en Aprendiz, a la edad de quince años, siempre que se alejaba de «su siglo» experimentaba una sensación de pérdida. Cuando llegara al 2456.º se encontraría a casi doscientos cuarenta milenios de su época de nacimiento, una distancia considerable incluso para un Eterno empedernido.

Y, en circunstancias normales, así habría sido.

Pero en ese preciso momento Harlan no estaba de humor para pensar en ninguna otra cosa que no fuese que los documentos le pesaban en el bolsillo, y su plan, en la conciencia. Estaba un poco asustado, un poco tenso, un poco confuso.

Y fueron sus manos, absolutamente solas, las que detuvieron la cápsula en el siglo que correspondía.

Era raro que un Técnico se pusiera nervioso o estuviera en tensión por nada. Como había dicho una vez el Instructor Yarrow: «Por encima de todo, un Técnico ha de estar privado de emociones. Los Cambios de Realidad que pone en marcha pueden afectar las vidas de hasta cincuenta mil millones de personas. Y, de estas personas, un millón o más se pueden ver tan drásticamente afectadas que sea necesario considerarlas como nuevos individuos. En estas condiciones, un carácter emotivo es una desventaja considerable».

Harlan desestimó el recuerdo de la voz desabrida de su profesor con una sacudida casi salvaje de la cabeza. En aquella época no se habría imaginado nunca que él mismo pudiera tener precisamente el talento necesario para un cargo de ese

tipo. Pero, a pesar de todo, se había acabado emocionando. Y no por los cincuenta mil millones de personas. Por todos los Tiempos, ¿qué le importaban a él cincuenta mil millones de personas? Era solo por una persona. Solo por una.

Se dio cuenta de que la cápsula no se movía y, con una pausa brevísima para ordenar sus pensamientos, recuperó la actitud fría e impersonal que se le suponía a un Técnico, y luego salió al exterior. La cápsula que abandonó no era, naturalmente, la misma en la que se había embarcado, en el sentido de que no estaba compuesta por los mismos átomos. Pero eso no le preocupó más de lo que habría preocupado a cualquier otro Eterno. Preocuparse por el *misticismo* de los viajes en el tiempo, en lugar de hacerlo por el simple hecho de viajar por él, era una característica del Aprendiz que acababa de llegar a la Eternidad.

Volvió a detenerse brevemente frente a la cortina infinitamente delgada del No-Espacio y No-Tiempo que lo separaba, por un lado, de la Eternidad y, por otro, del Tiempo normal.

Esa sección de la eternidad sería completamente nueva para él. Aunque algo sabía en general sobre ella, naturalmente, ya que había consultado el *Manual temporal*. A pesar de todo, no había nada que pudiera sustituir la experiencia directa, así que se preparó para el primer impacto de la adaptación.

Ajustó los controles, una tarea sencilla cuando se trataba de pasar hacia el interior de la Eternidad (y muy complicada cuando se trataba de entrar en el Tiempo, un tipo de viaje que, por lo tanto, era mucho menos frecuente). Cruzó la cortina y tuvo que cerrar los ojos para no quedar deslumbrado por el resplandor. Automáticamente, levantó una mano para protegerse de él.

Ante sí solo había un hombre. Al principio, Harlan no distinguió nada más que una sombra borrosa.

El hombre habló:

–Soy el Sociólogo Kantor Voy. Y supongo que usted es el Técnico Harlan.

Harlan asintió y dijo:

–¡Por todos los Tiempos! ¿No podría regular esta especie de decoración?

Voy miró a su alrededor y preguntó con indulgencia:

–¿Se refiere a las películas moleculares?

–Efectivamente –contestó Harlan.

El *Manual* las mencionaba, pero no decía nada de un des-control de luz reflejada como aquel.

A Harlan le parecía que su irritación era muy razonable. El 2456.º era un siglo de tendencias materiales, igual que la mayoría, así que tenía el derecho de esperar una compatibilidad básica desde el principio. No tenía nada de la confusión absoluta (para alguien nacido en las tendencias materiales) que provocaban los vórtices de energía de los siglos trescientos, o de la dinámica de campos de los seiscientos. En el siglo 2456.º, para la comodidad de un Eterno corriente, se utilizaba la materia para todo, desde las paredes hasta las tachuelas.

Por supuesto, había distintas clases de materia. Era posible que un miembro de un siglo de tendencias no se diera cuenta de ello y que toda la materia le pareciese un conjunto de variaciones menores de un mismo tema denso, pesado y bárbaro. En cambio, para Harlan, que era de tendencia material, existían la madera, el metal (subdividido en pesado y ligero), el plástico, los silicatos, el hormigón, el cuero, etc.

¡Pero una materia hecha solamente de espejos!

Esa fue la primera impresión que le produjo el siglo 2456.º. Todas las superficies reflejaban luz y centelleaban. Por todas partes se palpaba la ilusión de una suavidad absoluta, que era

el efecto de una película molecular. Y en el reflejo multiplicado hasta el infinito de sí mismo, del Sociólogo Voy y de todo lo que podía verse allí, tanto si eran fragmentos como unidades enteras, y desde todos los ángulos, había confusión. ¡Una confusión estridente y una sensación de náuseas!

–Lo siento mucho –le dijo Voy–, pero es una costumbre de este siglo. Y la sección a la que ha sido asignado cree que adoptar las costumbres locales es una buena práctica si resultan provechosas. Dentro de un rato ya se habrá acostumbrado.

Voy se puso a andar rápidamente sobre las huellas de otro Voy, de cabeza abajo en el suelo, que se desplazaba con él dando un paso tras otro. Se acercó a un indicador capilar y puso a cero la escala en espiral.

Los reflejos se extinguieron; toda esa luz innecesaria desapareció. Y Harlan se dio cuenta de que todo su mundo volvía a estar en su sitio.

–Si me hace el favor de acompañarme... –le dijo Voy.

Harlan lo siguió por unos pasillos vacíos, que un momento antes habían sido un caos de luz artificial y de reflejos, por una rampa ascendente y a través de una antesala hasta que llegaron a una oficina.

En todo ese breve trayecto no habían visto ni a un solo ser humano. Harlan estaba tan acostumbrado a ello y lo daba tan por supuesto que se habría quedado muy sorprendido, casi escandalizado, si hubiera captado indicios de algún tipo de presencia humana. Sin duda, se había corrido la voz de que había llegado un Técnico. Incluso Voy mantenía las distancias, y cuando Harlan le rozó accidentalmente la manga con la mano, el Sociólogo se apartó de él visiblemente sobresaltado.

Harlan se sorprendió un poco de la amargura que le produjo aquella reacción. Estaba convencido de que la coraza que

se había construido alrededor del alma era más gruesa, de una insensibilidad más eficaz. Si estaba equivocado, si la coraza se le había hecho más fina, solo podía deberse a un motivo.

¡Noÿs!

El Sociólogo Kantor Voy se inclinó hacia el Técnico de una forma que pareció bastante amistosa, pero Harlan se fijó automáticamente en que estaban sentados uno frente al otro en los extremos opuestos del largo eje de una mesa de proporciones considerables.

Voy dijo:

—Me complace que un Técnico de su reputación se interese por nuestro pequeño problema.

—Sí —contestó Harlan con la impersonalidad fría que la gente esperaba de él—. Tiene sus puntos de interés.

¿Estaría siendo suficientemente impersonal? Sin duda alguna, sus motivos reales debían de ser muy evidentes, y su culpabilidad tenía que reflejarse en las gotas de sudor que le perlaban la frente.

De un bolsillo interior extrajo la lámina del resumen del Cambio de Realidad proyectado. Era la misma copia que se había mandado al Consejo Pantemporal un mes antes. Gracias a su relación con el Programador Sénior Twissell (él, Twissell en persona), Harlan no había tenido demasiados problemas para acceder a él.

Hizo una breve pausa antes de desplegar el documento y luego dejó que se extendiera sobre la superficie de la mesa, a la que quedaría sujeto gracias a un ligero campo paramagnético.

La película molecular que cubría la mesa estaba atenuada, aunque no apagada del todo. El movimiento de su propio bra-

zo le llamó la atención, y, durante un instante, pareció como si el reflejo de su cara lo observara tenebrosamente desde la superficie del mueble. Tenía treinta y dos años, pero parecía más viejo. No era necesario que se lo dijera nadie. En parte, es posible que fueran su rostro alargado y sus cejas oscuras sobre unos ojos todavía más oscuros los que le confirieran aquella expresión amenazadora y aquella mirada fría que los Eternos solían asociar con la caricatura de un Técnico. O quizá solo se trataba de su convicción de ser un Técnico.

Pero luego extendió el documento encima de la mesa y volvió al problema en cuestión.

–Yo no soy Sociólogo, señor.

Voy sonrió.

–Esto es fantástico. Cuando alguien empieza expresando su falta de competencia en un campo concreto, normalmente eso implica que después emitirá una opinión contundente sobre este campo.

–No –respondió Harlan–. No se trata de una opinión, sino de una petición. Me pregunto si usted le podría echar una ojeada a este resumen para comprobar que no se haya cometido ningún pequeño error.

Voy se puso serio inmediatamente y dijo:

–Espero que no.

Harlan mantuvo un brazo apoyado en el respaldo de la silla y el otro en el regazo. No tenía que permitir que los dedos de ninguna de las dos manos se pusieran a tamborilear con nerviosismo. Ni debía morderse los labios. No tenía que demostrar sus sentimientos de ninguna manera.

Desde que toda la orientación de su vida había cambiado de manera tan radical, había estado observando los resúmenes de los Cambios de Realidad proyectados a medida que iban

pasando por los afilados engranajes del Consejo Pantemporal. Como Técnico asignado personalmente al Programador Sénior Twissell, solo podía hacerlo faltando un poco a su ética profesional. Especialmente cuando la atención de Twissell estaba cada día más concentrada en su ambicioso proyecto propio. (Los orificios nasales de Harlan se dilataron. En ese momento ya sabía algo más de aquel proyecto).

Harlan no podía estar seguro de encontrar lo que andaba buscando en un periodo de tiempo razonable. Cuando le echó la primera ojeada al proyector de Cambio de Realidad 2456-2781, número de serie V-5, casi se sintió inclinado a creer que su capacidad de razonamiento estaba deformada por el deseo. Se había pasado todo un día comprobando y volviendo a comprobar ecuaciones y relaciones en un estado de dolorosa incertidumbre mezclada con una excitación creciente y una amarga gratitud por el hecho de haber aprendido al menos psicomatemáticas básicas.

En ese momento, Voy estaba repasando los mismos patrones perforados con una mezcla de sorpresa y preocupación en la mirada.

—A mí me parece, repito, *me parece*, que todo esto está absolutamente en orden —afirmó.

Y Harlan le respondió:

—Me gustaría que se fijara concretamente en la cuestión de las características de la sociedad de la Realidad actual de este siglo en lo que se refiere al cortejo. Según tengo entendido, eso es sociología y, por lo tanto, responsabilidad suya. Por eso he querido hablar precisamente con usted, y con nadie más, nada más llegar.

Voy frunció el ceño. Y continuó de manera educada, pero empleando un tono glacial.

–Los Observadores asignados a nuestra sección son extremadamente competentes –dijo–. Tengo la certeza absoluta de que los participantes en este proyecto han proporcionado los datos correctos. ¿Acaso tiene usted alguna prueba de lo contrario?

–Nada de eso, Sociólogo Voy. Acepto sus datos. Lo que cuestiono es el desarrollo de estos. Si los que se refieren al cortejo se toman en consideración de manera adecuada, ¿no le parece que en este punto hay un tensor complejo alternativo?

Voy se le quedó mirando fijamente y, a continuación, mostró su alivio de manera bien visible.

–Por supuesto, Técnico, por supuesto. Pero se acaba convirtiendo en una identidad. Es como una especie de pequeño meandro de un río que no tiene afluentes ni por un lado ni por el otro. Espero que me disculpe por utilizar un lenguaje tan pintoresco en lugar de expresiones matemáticas precisas.

–Se lo agradezco –espetó Harlan secamente–. No soy ni Programador ni Sociólogo.

–Muy bien pues. El tensor complejo alternativo al que se refiere, que también podríamos entender como una bifurcación del camino, es insignificante. Las desviaciones vuelven a unirse y se convierten en un único camino. Ni siquiera fue necesario mencionarlo en nuestras recomendaciones.

–Si usted lo dice, señor, me someto a su mejor juicio. No obstante, todavía queda pendiente la cuestión del CMN.

Tal como Harlan había previsto, el Sociólogo hizo una mueca al oír aquellas iniciales. CMN: Cambio Mínimo Necesario. En eso, el Técnico era el amo. Un Sociólogo se podría considerar a sí mismo por encima de las críticas que pudieran hacerles los seres inferiores sobre cualquier asunto que estuviera relacionado con el análisis matemático de las infinitas Realida-

des del Tiempo posibles, pero en cuestiones sobre el CMN el Técnico lo superaba.

Con la computación mecánica no bastaba. La mayor Computaplex jamás fabricada, controlada por el Programador Sénior más brillante y experimentado que hubiera nacido nunca, no podía hacer nada mejor que indicar los límites dentro de los cuales podía hallarse un CMN. A continuación, el Técnico era el que, tras considerar los datos, escogía un punto exacto dentro de esos límites. Un buen Técnico apenas se equivocaba. Y un Técnico de primera no se equivocaba nunca.

Harlan no se equivocaba nunca.

–Muy bien –dijo pausadamente y de manera calmada, pronunciando la lengua intertemporal estándar con sílabas precisas–, el CMN recomendado por su sección implica provocar un incidente en el espacio y la muerte inmediata, y de manera bastante desagradable, de una docena de hombres o más.

–Algo inevitable –reconoció Voy mientras se encogía de hombros.

–Por otro lado –prosiguió Harlan–, sugiero la posibilidad de que el CMN se reduzca a un simple desplazamiento de un recipiente de un estante a otro. ¡Aquí!

Y un largo dedo señaló el momento. La uña blanca y bien cuidada de su dedo índice dejó una marca casi imperceptible al lado de uno de los grupos de perforaciones.

Voy consideró la cuestión con una intensidad dolorosa, pero en silencio. Harlan le preguntó:

–¿No altera eso la situación con respecto al desvío precipitado? ¿No le parece que aprovecha el camino que presenta una posibilidad y la convierte casi en una certeza absoluta, y que entonces eso nos conduce a...?

–... prácticamente, a la RDM –murmuró Voy.

–Exactamente, a la Respuesta Máxima Deseada –remató Harlan.

Voy levantó la vista, con la cara oscura luchando entre el disgusto y la rabia. Harlan notó distraídamente que el otro tenía los dientes de delante grandes y separados, lo que le confería una apariencia de conejo muy en desacuerdo con la fuerza ponderada de sus palabras.

Voy volvió a hablar:

–Supongo que tendré noticias del Consejo Pantemporal.

–No lo creo. Que yo sepa, el Consejo Pantemporal no se ha ocupado de ello. Por lo menos, el Cambio de Realidad proyectado se me pasó sin ningún comentario.

No dijo qué quería decir la palabra *pasar*, y Voy tampoco lo preguntó.

–Entonces, ¿ha sido usted quien ha descubierto este error?

–Sí.

–¿Y no lo comunicó al Consejo Pantemporal?

–No, no lo comuniqué.

De entrada, hubo una reacción de alivio, y después un endurecimiento de las facciones.

–¿Y por qué no?

–Muy poca gente habría podido evitar este error. Y pensé que yo mismo podría corregirlo antes de que fuera irreversible. Y eso es lo que he hecho. ¿Para qué ir más allá?

–Bien... Gracias, Técnico Harlan. Le estaré eternamente agradecido. El error de la sección, que, como usted mismo ha dicho, era prácticamente inevitable, habría quedado injustificablemente mal en el informe. –Y, después de un momento de pausa, continuó–: Evidentemente, a la vista de las alteraciones de la personalidad que este Cambio de Realidad ha de provocar, la muerte de unos cuantos hombres no tiene ninguna importancia.

Harlan pensó con indiferencia que no parecía agradecido de verdad. Probablemente estaba molesto. Si se paraba a pensarlo, todavía le molestaría más que un Técnico lo hubiera salvado de descender de categoría. Si Harlan fuera Sociólogo, le habría tendido la mano, pero a un Técnico no se la estrecharía nunca. No le repugnaba condenar a doce personas a morir por asfixia, pero no podía tocar a un Técnico.

Y, puesto que esperar a que el resentimiento creciera sería fatal, añadió inmediatamente:

–Espero que su gratitud se extienda hasta el punto de que su sección lleve a cabo un pequeño trabajillo para mí.

–¿Un trabajillo?

–Una cuestión de Trazado Vital. Aquí tengo todos los datos necesarios. Y también los de un Cambio de Realidad propuesto para el siglo 482.º. Querría saber qué efecto tendrá el Cambio en el patrón de probabilidad de un individuo concreto.

–No estoy seguro de entenderle –confesó el Sociólogo lentamente–. No tengo la menor duda de que usted dispone de los medios necesarios para llevarlo a cabo en su propia sección.

–Efectivamente, pero lo que sucede es que se trata de una investigación personal que no quiero que aparezca aún en los registros. Podría resultarme difícil llevarla a cabo en mi sección sin que...

E hizo un gesto vago para indicar una conclusión incierta para la frase que había dejado sin terminar.

–Así pues, lo que quiere es que no se haga a través de los canales oficiales –dijo Voy.

–Quiero que se haga de manera confidencial. Y quiero una respuesta confidencial.

–Bueno, en fin, esto es muy irregular. No puedo autorizarlo.

Harlan frunció el ceño.

—No es más irregular que mi olvido de informar de su error al Consejo Pantemporal. Y usted no ha puesto ninguna objeción. Si hemos de ser estrictamente regulares en un caso, deberíamos ser igual de estrictos y regulares en el otro. Me parece que ya entiende lo que quiero decirle.

La expresión de Voy demostraba que así era. Y le tendió la mano.

—¿Puedo ver los documentos?

Harlan se relajó un poco. Había superado el obstáculo principal. Y observó con impaciencia cómo el Sociólogo estudiaba la información.

Pero solo hizo un comentario:

—Por todos los Tiempos, este es un Cambio de Realidad muy pequeño.

Harlan aprovechó la oportunidad e improvisó.

—Así es. Demasiado pequeño, según mi opinión. De eso se trata. Está por debajo de la diferencia crítica, y por eso he escogido a un individuo como caso de prueba. Naturalmente, sería poco diplomático utilizar las instalaciones de nuestra sección hasta que esté seguro de que tengo razón.

Voy no respondió, y Harlan dejó de hablar. No tenía ningún sentido aventurarse más allá de la zona de seguridad.

El Sociólogo se puso en pie.

—Se lo pasaré a uno de mis Trazadores Vitales. Lo mantendremos como un asunto privado. Y espero que entienda que esto no establece precedente alguno.

—Por supuesto que no.

—Y, si no le importa, me gustaría ver cómo se produce el Cambio de Realidad. Espero que nos honre dirigiendo el CMN personalmente.

Harlan asintió con la cabeza.

–Asumiré toda la responsabilidad.

Cuando entraron en la sala de visualización, dos de las pantallas ya estaban conectadas. Los ingenieros ya las habían ajustado a las coordenadas exactas en el Espacio y en el Tiempo, y luego habían abandonado la habitación. Harlan y Voy estaban solos en aquella cámara refulgente. La decoración de las películas moleculares era perceptible, e incluso algo más que perceptible, pero Harlan no le hizo caso, ya que estaba examinando atentamente las pantallas.

Ambas imágenes estaban del todo inmóviles. Habrían podido ser naturalezas muertas, ya que representaban instantes matemáticos del Tiempo.

Una de las imágenes estaba representada con colores vivos y bien definidos; la sala de máquinas de lo que Harlan sabía que era una nave espacial experimental. En ella se estaba cerrando una puerta y, a través del espacio que quedaba abierto, podía verse un zapato brillante de un material rojo semitransparente. No se movía. No se movía nada. Si se hubiera podido definir la imagen lo suficiente para poder apreciar las partículas de polvo, tampoco se habrían movido.

–La sala de los motores se mantendrá vacía durante dos horas y treinta y seis minutos después del instante visionado –dijo Voy–. En la Realidad actual, naturalmente.

–Ya lo sé –murmuró Harlan.

Mientras se ponía los guantes, sus rápidos ojos ya estaban memorizando la posición del recipiente crítico en la estantería, midiendo los pasos hasta allá y calculando la mejor posición para transferirlo. Echó un vistazo rápido a la otra pantalla.

Si la sala de máquinas, situada en el momento descrito como «presente» respecto a la sección de la Eternidad en la que se hallaban, tenía un color claro y natural, la otra escena, la que estaba situada a unos veinticinco siglos en el «futuro», presentaba el obligado resplandor azulado que todas las visiones del futuro debían tener.

Era un puerto espacial. Un cielo de un azul intenso, edificios de metal desnudo teñidos de azul sobre un terreno azul verdoso. En primer plano se veía un cilindro azul de un diseño extraño con una base voluminosa. Detrás había otros dos que eran iguales. Los tres apuntaban hacia arriba de manera afilada, con aquellas extrañas ojivas partidas en el interior de las cuales se encontraba la maquinaria principal.

Harlan frunció el ceño.

—Son unos aparatos bien raros.

—Electrogravitacionales —respondió Voy—. El 2481.º es el único siglo que ha desarrollado los viajes espaciales electrogravitacionales. Sin combustibles de propulsión ni energía nuclear. Unos aparatos estéticamente bellos. Es una pena que tengan que desaparecer con el Cambio. Una auténtica pena.

Sus ojos, en una clara muestra de desaprobación, se clavaron en los de Harlan.

Este apretó los labios. ¡Desaprobación, naturalmente! ¿Por qué no? El Técnico era él.

Era evidente que quien había suministrado los datos sobre la drogadicción había sido un Observador. Y que algún Estadístico había demostrado que los cambios más recientes habían incrementado la tasa de adicción hasta que había acabado siendo la más alta de todas las Realidades humanas actuales. Un Sociólogo, probablemente el mismo Voy, había interpretado los datos y los había convertido en un perfil psiquiátrico de

aquella sociedad. Finalmente, un Programador había elaborado el Cambio de Realidad necesario para poder reducir la adicción hasta un nivel seguro y había descubierto que, como efecto secundario, los viajes espaciales electrogravitacionales tenían que resentirse de ello. Una docena de hombres, quizás un centenar, de todas las categorías de la Eternidad, había colaborado con su granito de arena.

Pero, al final, el que acaba por hacer el trabajo es un Técnico. Siguiendo las instrucciones que todos los demás han decidido darle, tenía que ser él quien pusiera en marcha el Cambio de Realidad. Y entonces todos los demás se le quedarían mirando con una expresión de altivez acusadora. Esas miradas dirían: «Has sido tú, y no nosotros, quien ha destruido esta maravilla».

Y por ese motivo lo condenarían y lo evitarían. Cargarían su propia culpa sobre los hombros del Técnico y lo despreciarían.

Harlan dijo con dureza:

—Lo que cuenta no son las naves. Lo que nos preocupa son aquellas cosas.

Las «cosas» eran personas, empequeñecidas desde la nave espacial, igual que los vuelos espaciales hacen que las dimensiones físicas de la Tierra y la sociedad de la Tierra parezcan insignificantes.

Aquellas personas eran como pequeñas marionetas arracimadas. Sus bracitos y sus piernecitas estaban elevados en el aire, en posturas artificiales, atrapados en el instante congelado del Tiempo.

Voy se encogió de hombros.

Harlan se ajustó el pequeño generador de campo en la muñeca izquierda.

—Acabemos con esto de una vez por todas.